

SUNNY DAY REAL ESTATE

Ramón Rodríguez

(The New Raemon / Madee)

Escoger un álbum para contar una historia es tan sacrificado como creer en el amor perdurable. Tan solo una portada ilustra este relato, pero sería injusto no reconocer que en realidad he pensado en dos referencias para escribirlo. No me siento del todo culpable, ya que *Archers of Loaf vs The Greatest of All Time* es un EP.

Sunny Day Real Estate, *Sunny Day Real Estate* (Sub Pop, 1995)

Un día soleado

Jamás he tenido intención de contratar los servicios de una vidente, pero si en 1992 una bruja llega a decirme que en diez años estaría comiendo un croissant en el cuartel general de Sub Pop, uno de mis sellos preferidos, no habría creído una sola palabra. Eso mismo pensé mientras desayunaba con Shawn Rogers en las oficinas de Sub Pop, en Seattle. Shawn era el mánager de Crooked Fingers, el proyecto en solitario de Eric Bachmann tras la disolución Archers of Loaf, y Archers of Loaf —eran y siguen siendo— mi grupo de rock predilecto de los noventa.

Shawn dejó en la mesa su taza de café. Mientras yo trataba de masticar aquel croissant que acababa de ofrecerme, lanzó una pregunta que tardé bastante en contestar.

—¿Te apetece cenar con Eric y conmigo mañana?

El Eric de la pregunta no era otro que Eric Bachmann, y la propuesta de Shawn era un bonito gesto a modo de mano tendida.

Crucé por primera vez el charco en 2002 con la intención de conseguir licencias para Cydonia, el sello discográfico que fundé en 2001 para publicar los discos de Madee y otros artistas nacionales e internacionales. Tras el festival CMJ en Nueva York, llegué a Seattle, última parada de mi viaje, donde asistí al fabuloso concierto que Crooked Fingers ofrecieron en la Knitting Factory. Un par de días más tarde estuve en Los Ángeles cerrando un contrato de licencia con John K. Berry y Jeff Martin, ambos miembros de Idaho, otra de mis adoradas bandas de la adolescencia. Pero volvamos a Seattle. Shawn Rogers trabajaba entonces en Sub Pop y me invitó a pasar por su oficina al enterarse de mi paso por la ciudad. Tiempo atrás habíamos intercambiado emails en los que barajamos la posibilidad de que Cydonia publicase las dos primeras referencias de Crooked Fingers en nuestro país (aún inéditas) y organizase una pequeña gira del grupo, algo que finalmente no sucedió tras enterarme en el transcurso de una conversación con Jaime de Houston Party en el CMJ que en un par de meses ellos iban a publicar en nuestro país el tercer disco de Crooked Fingers: *Red Devil Dawn*.

Jaime no creo que recuerde aquello, confieso que es la única persona que conozco que jamás me reconoce, y eso me parece la mar de gracioso. Lo escribo totalmente en serio. Creo recordar que Jordi Llansamà —el hombre detrás del sello BCore— nos ha presentado al menos tres veces en doce años, pero el tipo nunca se acuerda de mí. Mi tour mánager, Tule, también nos ha presentado al menos un par de veces. Supongo que Jaime y yo siempre hemos coincidido a altas horas de la madrugada, y es sabido que durante esas horas brujas nadie acostumbra a acordarse de nada. Será eso o es muy posible que

se haga el loco, en cualquier caso me parece una genialidad. Si alguna vez veo a Jaime hablando con amigos comunes siento curiosidad por ver cómo sucederá la escena en caso de acercarme y entrar en la conversación. Le he recordado en reiteradas ocasiones que nos conocemos, que sí, que nos pusimos finos una noche en Nueva York con Mark Ullod —de Mark es imposible no acordarse o hacerse el loco: mide casi dos metros, es de aspecto tierno y feroz y parece un miembro honorífico de Los Ángeles del Infierno—. Con Jaime lo más gratificante es seguir con el juego de la amnesia; es digno de un sketch de la Monthy Python saber que es y será la persona que más veces me han presentado en la vida. Pero volvamos a la cafetería de Sub Pop.

Pese a no ser su intención, Shawn me hizo una pregunta trampa, y tras una breve y eterna pausa, contesté:

—¡Vaya! ¡Qué coincidencia! Mañana he quedado para tomar algo con William Goldsmith. Quiere presentarme a Jeremy Enigk y no puedo cancelar la cita, espero que me disculpes.

William y Jeremy eran y son el batería y LA VOZ de Sunny Day Real Estate. Si pienso en SDRE me viene a la cabeza El Masnou, un lugar muy lejano a Seattle. A mediados de los noventa el Locualo de Masnou era un local muy importante para muchos jóvenes del Maresme. Allí pinchaban la mejor música del mundo y nos reuníamos todos aquellos chavales de provincia que no queríamos saber nada de locales infectos al estilo del abominable Chasis, la lamentable discoteca de bakalao situada en la zona industrial de Mataró. El Locualo tenía su propio fanzine, camareras hermosas y agradables y podías bailar Mudhoney vestido como te diera la gana. Una noche incluso entramos

en bata y zapatillas y no, no era carnaval. Se respiraba libertad y respeto, que yo recuerde nunca hubo pelea alguna dentro de aquel local. Javi Giménez fue el responsable del garito durante su edad de oro y nos trató a todos como amigos. En aquella pista de baile escuché por primera vez una canción de Archers of Loaf y también fue allí donde me inicié en los misterios de Sunny Day Real Estate o *Sani Dei*, como los llamaban mis viejos amigos Carles Barrio y Marc Muñoz (alias Muñocete). SDRE terminaron siendo, junto a Archers of Loaf y The Replacements, la banda que más escuchamos el último lustro de los noventa. Aquellos días era difícil agenciarse una copia de sus discos, en Discos Revólver apenas se encontraban y lo mejor era pedir una por correo. Escuché su primer disco, *Diary*, en casete durante meses, a partir de una copia cortesía de Muñocete. Así lo escuché hasta que encontré en Discos Castelló casi por casualidad un CD de la primera edición que todavía conservo en bastante mal estado. El segundo disco, el homónimo, el rosa, el de la mosca, es precioso e hiriente a partes iguales.

Shawn era todo un *gentleman* y no se sintió ofendido cuando rechacé su oferta, comprendió mi admiración por Sunny Day Real Estate y prometió explicarle a Eric Bachmann el motivo de mi ausencia. De vuelta a casa de Carrie Whitney (estimada amiga y responsable del diseño gráfico del segundo disco de Madee, mi banda de toda la vida), estuve pensando en si había tomado la decisión correcta. Carrie nos acogió a Mark Ullod y a mí en la casa que compartía con Dave Larson, el responsable del sello independiente Excursion Records.

Dave fue la persona que me introdujo en el particular universo de Minus the Bear. Uno año después de que pusiera el primer disco del grupo en su coche, ya formaban parte de la escudería de Cydonia. Minus the Bear se lo pasaron en grande girando con Madee. Tan bien lo pasaron tocando por aquí que, a modo de homenaje, aparezo escondido en el interior de la carpeta de su segundo álbum *Menos el Oso...* Si buscan a un señor con barba no pierdan el tiempo, busquen en cualquier caso a un chaval de pelo largo y patillas con una Telecaster. Me dejé la barba justo después de terminar aquella gira. *Menos el Oso* incluye una canción titulada «El Torrente» que está inspirada en el film *Torrente*. Madre mía, ¡qué dolor!

Sobre las ocho de la tarde William Goldsmith y Matt Matsuoka (el buen amigo que me presentó a William) pasaron por casa de Carrie y Dave. Mark y yo nos montamos en el coche de Matsuoka, posiblemente el coche más sucio del mundo, lleno de restos de comida china, vasos vacíos de refrescos XXL y aromatizado con un intenso olor a marihuana. Llegamos a casa de William. Él y Jeremy compartían casa y local de ensayo, allí tenían montado un pequeño y acogedor estudio y se encontraban ultimando la grabación del disco de The Fire Theft, aquel grupo que formaron junto a Nate Mendel tras la segunda disolución de Sunny Day Real Estate. Mark y yo tuvimos el privilegio de escuchar aquellas canciones antes que nadie; curiosamente eran premezclas y sonaban mejor que la mezcla final de aquel disco, sin tanto artificio y mucho más crudas.

Jeremy estaba sentado en el porche cuando bajamos del appestoso coche de Matsuoka. Aparcado frente a la casa había un Volkswagen escarabajo de los sesenta, de color negro y propiedad de Jeremy. Siempre quise conducir uno de esos. Jeremy nos saludó amablemente con una cerveza en la mano. Lucía una parca militar de color verde muy gastada y deshilachada por el tiempo. Charlamos toda la noche y rápidamente vimos que teníamos en común mucho más que aquel automóvil.

Años más tarde me preguntó si quería comprarle el coche, y me alegro de no haber comprado aquel trasto, pues, en la siguiente ocasión que el coche apareció en una de nuestras conversaciones, me contó que una tarde lo aparcó en el centro Seattle, se bajó de del coche y el escarabajo empezó a arder hasta quedar carbonizado.

Tras aquel primer encuentro en Seattle, hubo otro. En el segundo me acompañó Pep Masiques, bajista de Madee, gran cocinero y un amigo de los de toda la vida. Allí asistimos a un ensayo de The Fire Theft y a su debut en directo. Hablamos un buen rato con el padre de Jeremy, un señor entrañable y muy educado.

A raíz de estas visitas seguimos en contacto con William y Jeremy, y así es como Madee llegaron a telonear a The Fire Theft en su único concierto en Barcelona. William estuvo una semana en mi apartamento con su novia de entonces, la bella Jennifer, que ahora se gana muy bien la vida cocinando deliciosos pasteles. Hubo tal sintonía entre nosotros que Cydonia publicó el segundo y tercer disco de Jeremy en solitario, este último titulado *Vale Oso*

—*Ok Bear* para el resto del mundo—, una producción del sello a cargo de Santi García (Ultramarinos Costa Brava) y Ricky Falkner.

Jeremy pasó un larga temporada en mi casa preparando aquel disco. Finalmente nos propuso a Madee ser su banda de acompañamiento en todos los conciertos que pensaba realizar en España durante 2007 y 2008. Recuerdo estar tocando «Shade and the Black Hat» (el corte final de su debut en solitario, *Return of the Frog Queen*) durante el último concierto junto a él en el Azkena de Bilbao. Aquella maraña de ruido y gritos salvajes era el último tema del repertorio, y a medida que nos acercábamos al clímax final, me emocioné al darme cuenta de que hacía tiempo que ya no veía a Jeremy como en la adolescencia, ya no era el misterioso cantante de aquel extraño grupo que me gustó tantísimo y que eso me había hecho posible tocar sus canciones relajado y sin darle demasiada importancia.

En ese preciso instante en el que todo sonaba perfecto, pensé: ¡Chaval, eres idiota, estás tocando con él! Jamás he estado más cerca de llorar en un escenario.

Jeremy y yo seguimos en contacto, y nuestra amistad sigue intacta. Nos profesamos un respeto y un cariño mutuo que es muy difícil de encontrar estos días, pero no sufran, existe.

Un día soleado en Cabrils, Jeremy fumaba uno de sus American Spirit en la terraza y me confesaba que Sunny Day Real Estate había recibido varias ofertas bien remuneradas por una reunión.

Jeremy abandonó Sunny Day Real Estate el año 2001 y se dedicó por

entero a su carrera en solitario, no deseaba dar su brazo a torcer regresando al pasado. Tuvimos tres intensas conversaciones al respecto, valorando los pros y los contras de aceptar algo así.

En todas las bandas sucede lo mismo, el proceso creativo pasa factura y la convivencia no es un camino de rosas, pasar tantas horas haciendo lo mismo trae sus consecuencias y el caso de Sunny Day Real Estate no es distinto al de otros: malentendidos con los sellos, contratos que se firman a los dieciocho años sin prestar atención a la letra pequeña, personalidades muy fuertes y el mismo nivel de talento en cada uno de sus integrantes, grandes esperanzas que nunca acaban de cumplirse, miembros que se unen a Foo Fighters y no disponen de tiempo para el grupo original, mala comunicación... la culpa no siempre la tiene la Yoko Ono de turno. Pienso que a Jeremy le asustaba volver a la banda, pues temía volver a sufrir los mismos problemas que acabaron con ella, y prefería dejar las cosas tal y como estaban. Yo comprendía muy bien sus argumentos y conocía aquella historia de primera mano, fui el cantante de un grupo cerca de veinte años y no es un papel demasiado cómodo. Siempre le contestaba que no tenía por qué ser igual que entonces, que la mayoría de las personas con dos dedos de frente crecen, reflexionan sobre sus actos, que cada uno de ellos había estado dedicándose a otros proyectos y poseían mucha más experiencia, que iba a ser distinto, que abrazara esa reunión como una oportunidad para pasarlo bien y recuperar a sus viejos amigos y, ya puestos, ganar el buen dinero que no consiguieron cuando el grupo estaba en activo.

Una mañana cualquiera de 2009 me encontraba tocando la guitarra en el salón de mi casa y sonó el teléfono. Se iluminó un nombre en la pantalla del móvil: era Jeremy. Descolgué sorprendido y él me espetó sin preámbulos:

—¿A qué no sabes de dónde vengo?

—Pues no.

—Vengo de ensayar con Sunny Day Real Estate.

—¿En serio? Me alegro mucho, tío, de verdad que sí.

—Eres la primera persona a la que se lo cuento. Si he dicho que sí es porque hablando contigo me di cuenta de que estabas en lo cierto. Soy muy feliz ahora mismo, solo quería que lo supieras antes que nadie como muestra de agradecimiento.

Nos despedimos y, al colgar el teléfono, sonreí durante un buen rato. ¿No es bonito? Si hubiera aceptado la invitación de Shawn Rogers, nada de esto hubiera sucedido. La vida suele ser un chiste, siempre tienes que escoger, y de eso va todo esto, de saber escoger.

Curiosamente, diez años después de aquel desayuno en Sub Pop, me encontré cenando en Ourense con Eric Bachmann y su esposa Liz Durret (sobrina del añorado Vic Chesnutt) gracias a mis amigos David e Isaac Pedrouzo, las bellísimas personas detrás del maravilloso Café Pop Torgal, el mejor lugar del mundo para dar un concierto.

David fue tan amable de invitarnos a Maria Rodés y a mí a abrir los conciertos de Crooked Fingers en Ourense y Barcelona. Durante aquella cena

le conté a Eric toda esta historia. Pasamos cinco maravillosos días juntos y todos hemos terminado siendo muy buenos amigos.

Es enorme darse cuenta de que un puñado de canciones tienen la capacidad de conectar al que las escribe con el que las recibe, y viceversa. Es tan tonto como descubrir que la principal razón de que algo te siga pareciendo especial durante tantos años es que tiene mucho más en común contigo de lo que puedas llegar a imaginarte.